

***IV hombres* (2024): Masculinidades autoafirmadas**



Los cuatro protagonistas de *IV hombres*. De izqda. a dcha.: Claudio Medina, Rubén Beltrán 'Vikingo', José Celestino Campusano y Pablo Pinto

Cuando vi *IV hombres*, octava entrega de la nueva serie de diez películas de Gonzalo García-Pelayo, recordé casi inmediatamente una película y una canción.

- La película fue *Pequeño gran hombre* (1970) de Arthur Penn. En la primera escena del film, su personaje protagonista, Jack Crabb (ya en la vejez), está siendo entrevistado y se presenta como “el último de los pioneros” y “el único blanco superviviente de la batalla de Little Big Horn”. Casi enseguida, se me ocurrió que *IV hombres* venía a ser algo así como un *western* moderno, como si se hubiera podido colocar una cámara frente a Wyatt Earp y Doc Holliday y estos hubieran explicado con absoluta espontaneidad cómo fue el duelo en O.K. Corral, en Tombstone (Arizona). En este caso, son cuatro moteros/actores/cineastas (José Celestino Campusano, Rubén Beltrán 'Vikingo', Claudio Medina y Pablo Pinto) que narran momentos especialmente tensos y convulsos de sus biografías. Si encontráramos situaciones equivalentes en el mundo contemporáneo a las que se vivieron en el Lejano Oeste estadounidense, no distarían demasiado de las que escuchamos en la película. Si, por ejemplo, quisiéramos hallar una situación paralela a la del enfrentamiento de los pequeños agricultores con los grandes ganaderos, tal como vemos en *Raíces profundas* (1953) de George Stevens, esta sería la que narra José Celestino

Campusano en el primer fragmento de la película sobre su conflicto con una gran corporación industrial que realizaba gran cantidad de vertidos contaminantes ante la pasividad de las autoridades. ¿Hay mayor paralelismo con el de las mujeres de *Sin perdón* (1992) de Clint Eastwood que desean contratar a un pistolero para vengarse de quienes han desfigurado a una de ellas que la situación que cuenta Rubén Beltrán ‘Vikingo’ de la madre que acude a él pensando que es un matón a sueldo con el fin de vengar la violación de su hija? Cuando Claudio Medina cuenta los problemas que vivió junto a otros compañeros en una cooperativa con el dirigente corrupto encerrado en sus oficinas y, a su vez, con un grupo sindical bloqueándoles la salida, ¿no recordamos las circunstancias similares vividas por los protagonistas de *Río Bravo* (1959) de Howard Hawks, con Joe Burdette encerrado en una de las celdas de la oficina del *sberiff* mientras su hermano, desde fuera, ordena que no dejen de sonar las notas de *Degüello*? La situación que relata Pablo Pinto sobre el joven que ocultaba una pistola y estuvo a punto de dispararle, ¿no es un eco de trances similares que hemos visto en muchísimos *westerns* como, por ejemplo, en *El hombre de Laramie* (1955) de Anthony Mann? Los tiempos cambian pero hay circunstancias que son muy parecidas y el lenguaje cinematográfico tiene la capacidad de convertirse siempre en una aguda y lúcida cámara de resonancia.

- La canción que recordé fue *Every Rose Has Its Thorn* de la banda de *rock* Poison, cuya letra dice:

*Every rose has its thorn
Just like every night has its dawn
Just like every cowboy sings his sad, sad song
Every rose has its thorn*

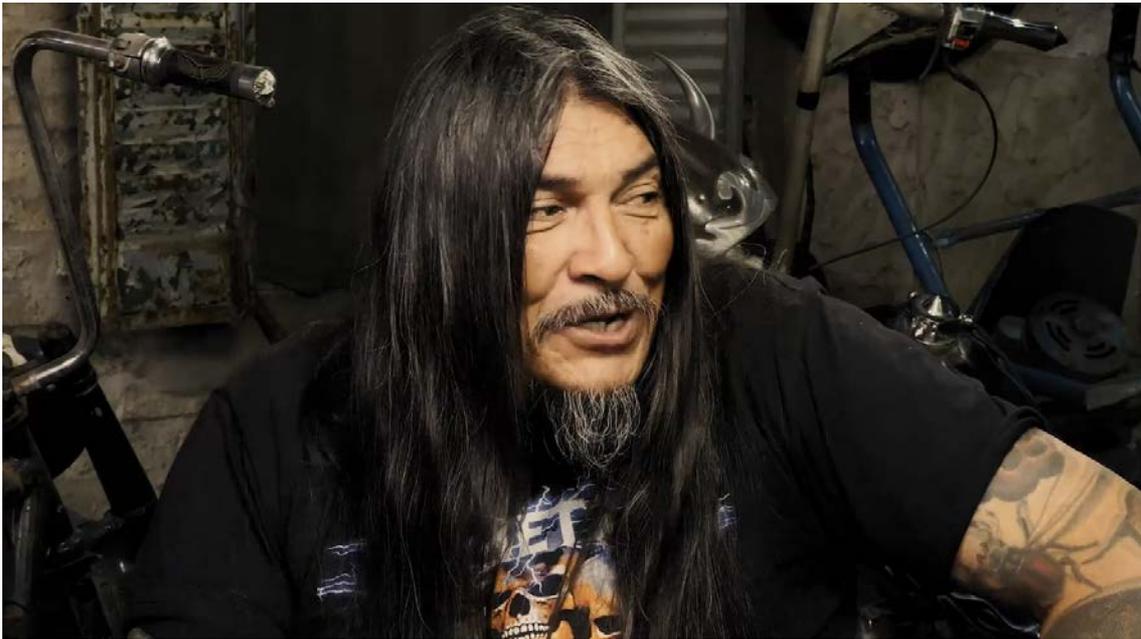
Es decir: “Cada rosa tiene su espina/Igual que cada noche tiene su amanecer/Igual que cada vaquero canta su triste, triste canción/Cada rosa tiene su espina”. Y es que en las historias que escuchamos hay bastantes espinas y hasta podemos llegar a imaginar que son relatadas por unos “vaqueros” contemporáneos que miran hacia atrás para recordar sus complicadas biografías y hacernos partícipes de las lecciones que han sacado en claro de las mismas.



José Celestino Campusano

Cinematográficamente, *IV hombres* está planificada de un modo similar a como fue realizada *Niñas 2* (2016) y, en cierto modo, *Pensamiento insurrecto* (2022), dando primacía absoluta a dar libre cancha a los participantes en la película, dejándoles hablar sin interrupciones y proporcionando a los espectadores el contenido prácticamente íntegro de sus palabras con la menor labor de edición posible. Obviamente, el contenido de *IV hombres* está muy lejano al de *Niñas 2* (en la medida en que los protagonistas de una y otra son muy distintos y sus acervos vitales son prácticamente opuestos) pero, de modo curioso, pienso que no está tan distanciado de *Pensamiento insurrecto* ya que, en última instancia, ambos títulos juegan a ser políticamente incorrectos sin la intención manifiestamente explícita de serlo. Sin embargo, en función de lo que en ambos films se dice, no me cabe la menor duda de que posiblemente generarán muchas reservas en el actual contexto sociocultural, que le da mucha más importancia a “deconstruir” la que se considera vieja concepción de la masculinidad antes que glosar actitudes, posturas y comportamientos que se puedan derivar de ella. Por supuesto, esta idea ha afectado a cómo se concibe y se piensa el *western*, por seguir con el paralelismo que he señalado al comenzar la reseña, y los antiguos héroes del género han venido a convertirse en villanos, representantes de un sistema de valores que se considera que deben ser periclitados. Si ya el *western* crepuscular se caracterizó, con títulos como *El zurdo* (1958), el ya citado *Pequeño gran hombre* (1970) y *Missouri* (1976) de Arthur Penn, *Grupo salvaje* (1969) de Sam Peckinpah, *El valle del fugitivo* (1969) de Abraham Polonsky, *Soldado azul* (1970) de Ralph Nelson o *La puerta del cielo* (1980) de Michael Cimino, por su crítica a la mentalidad dominante en Estados Unidos y, en particular, a la cultura de la violencia que podía fomentar y exaltar, la cual encontraría en las historias del Lejano Oeste su máxima expresión, films más recientes como *Brokeback Mountain* (2005) de Ang Lee, *First Cow* (2019) de Kelly Reichardt o *El poder del perro* (2021) de Jane Campion precisarían mucho más su crítica y tratarían de desmontar la visión patriarcal o

heteropatriarcal (por utilizar un término actual) asociado a este tipo de películas. Sin embargo, hay un poso de injusticia en relación a esta concepción (y, tal vez, en la forma en que las mencionadas películas han sido contempladas y recibidas) ya que se atribuyen al *western* tomas de posición generalizadas que solo se le pueden atribuir desde una visión excesivamente simplificada. Y hay que decir que, con gran sutileza, *IV hombres* plantea este tema con el afán implícito de defender una postura contraria a las opiniones imperantes.



Rubén Beltrán ‘Vikingo’

El *western* no se caracterizaba de forma generalizada con defender la violencia por la violencia ni por propugnar una masculinidad dominante sin ningún tipo de freno, cortapisa o limitación sino que, más bien, advertía de que determinados comportamientos solo podían estar justificados ante la existencia de una agresión previa y que cualquier respuesta debía estar inscrita en una ética rigurosa, exigente y disciplinada (*El vengador sin piedad* – 1958– es un ejemplo paradigmático de ello). De hecho, en el género, las masculinidades podían ser tanto positivas como negativas (según se trataran, digamos, de los “buenos” o los “malos”, respectivamente) mientras que, con carácter casi general, lo femenino era presentado como un contrapeso civilizatorio: son las mujeres quienes aportan en los *westerns* los valores fundamentales para crear una sociedad digna e íntegra y acaban siendo el complemento perfecto y necesario para unos hombres que, sin ellas, solo serían capaces de crear comunidades incompletas, parciales y distorsionadas (si pensamos sobre esta idea, no está ello muy alejado de lo que veíamos en *Corridos de alegría*, en las que el protagonista, Miguel Ángel Iglesias, buscaba a Diana, esa mujer ideal de la que había perdido la pista, búsqueda que, en el desenlace del film, retomaría su compañero de viaje, Javier García-Pelayo). Esta ética del género que acabamos de exponer es, casi exactamente, la que se deduce de las palabras pronunciadas por los protagonistas de *IV hombres*: aunque han

tenido que vivir contextos de violencia, han querido distanciarse de la misma y mantener respecto a ella todo tipo de reservas, cautelas y precauciones. Ellos son perfectamente conscientes de las consecuencias que se pueden derivar de ciertos comportamientos y conocen mejor que nadie que hay que evitar ciertos pasos si no se quieren experimentar implicaciones bastante desagradables y rechazables. Por otro lado, aparte de que no debería asociarse automáticamente masculinidad con violencia, tampoco la misma implicaría ausencia de sensibilidad: los momentos que contemplamos en que Rubén Beltrán ‘Vikingo’ se rompe emocionalmente al contar su vida o en que Claudio Medina narra lo que le sucedió durante el rodaje de una película son buena muestra de que la visión de la masculinidad que se desprende de *IV hombres* están muy alejados de los tópicos y esquematismos al uso y ofrecen una visión bastante más rica y llena de matices.



Claudio Medina

Encuadrando *IV hombres* dentro del conjunto de la cinematografía de Gonzalo García-Pelayo, su encaje, lejos de ser problemático, se produce con extraña y singular armonía. Lejos de ser un cine parcial y unidimensional, la filmografía del cineasta es una celebración de la vida con todas sus caras, facetas y manifestaciones (lo material y lo espiritual, lo estable y lo voluble, lo emocional y lo racional, lo sereno y lo frenético...), sin renunciar a ninguna de ellas. Si en muchas de sus películas (en muchísimas: *Manuela*, *Vivir en Sevilla*, *Alegrías de Cádiz*, *Copla*, *Niñas*, *Niñas 2*, *Mujeres heridas*, *Chicas en Kerala*, *Tu coño*, *Bruna*...), la femineidad ocupa un lugar central y privilegiado, sus películas no pueden excluir la visión del polo complementario, la masculinidad, y, sobre todo, en la última etapa de su cine, ha querido poner el énfasis en el mismo. Recordemos cómo, en *Dejen de prohibir que no alcanzo a desobedecer todo*, Javier García-Pelayo afirmaba que, mientras el hombre “está”, la mujer “es”, dibujando, con ello, los perfiles y fronteras de un sistema que, contemplando las películas

del director en su conjunto, podríamos emparentar con el psicoanálisis. Efectivamente, desde Freud dicha escuela habla de las funciones “hombre”, “mujer”, “padre” y “madre”, funciones que eran autónomas al sexo biológico de cada persona sino que podían estar presentes en todo ser humano y debían ser puestas en práctica cuando cada una de ellas fuera necesaria para una vida equilibrada y sanamente adaptada a las circunstancias. Masculinidad, feminidad, paternidad y maternidad (paternidad y maternidad, muy importantes en el díptico *Dos hermanas: Paula* y *Dos hermanas: Pilar*), con perspectiva dinámica y cambiante, están presentes en su cine y, desde este punto de vista, *IV hombres* viene a ser una pieza que, posiblemente, faltaba en su filmografía y su realización viene a completar un círculo (la masculinidad como protagonista exclusiva de uno de sus títulos) que, conforme pasa el tiempo, se va demostrando cada vez más lúcido, coherente y omnicomprendivo.



Pablo Pinto

Aunque *IV hombres*, si la comparamos con la densidad de otros films del director, puede parecer un título más sencillo de comprender y asimilar, no hay que dejarse engañar por las apariencias: Gonzalo García-Pelayo nunca es superficial y, aunque sus películas, como diría Carlos Escolano (autor de los *making of* de “El año de las 10 + 1 películas”), pueden tener cierto “desaliño”, en realidad nunca dejan de pasar la oportunidad para hacernos reflexionar sobre cuestiones esenciales de la vida. *IV hombres* no solo recoge cuatro testimonios de valor sino que, de paso, defiende toda una serie de valores que no deberían ser desechados con ligereza.